

compensa de sus trabajos el 4 de abril de 397, á los cincuenta y siete años de su edad. Las numerosas obras de san Ambrosio sobre la sagrada Escritura, contra las herejías, sus libros de moral, así como sus Epístolas, son notabilísimas por la unción y maravillosa dulzura de estilo. En sus escritos se halla por primera vez el nombre de *misa*, dado á la celebracion de los sagrados misterios. Aun cantamos muchos himnos que habia compuesto; y eran tan celebrados, que se los llamaba ordinariamente *Ambrosianos*, porque san Ambrosio fué el primero que introdujo su uso en la Iglesia latina. La tradicion le atribuye el *Te Deum* [con motivo de la conversion y bautismo de Agustin, por manera que san Ambrosio comenzó el primer versículo, san Agustin el segundo, y así alternativamente le compusieron ambos santos divinamente inspirados: este solemne cántico se emplea universalmente al fin de Maitines y en toda gran solemnidad de accion de gracias, como adoptado por la Iglesia entera]. Se supone tambien que para las oraciones públicas instituyó el canto á dos coros, en tiempo que se hallaba encerrado con todos los demás fieles cautivos en la iglesia de Milan, que le custodiaban contra las persecuciones de la emperatriz Justina. Mas esto solo podria ser respecto del Occidente, porque desde largo tiempo habia se practicaba esta costumbre en las Iglesias de Oriente.

14. La mas gloriosa, la inmortal obra de san Ambrosio, ha sido la de haber engendrado á san Agustin á la vida de la gracia. Agustin habia nacido en el 351 en la pequeña ciudad de Tagaste, cerca de Madaura ó Hipona en la Numidia (la Algeria actual). Su madre, santa Mónica, le educó en el santo temor de Dios; pero el natural fogoso del jóven le arrastró á la sensualidad, á los placeres, que hallaba medio de seguirlos juntamente con un deseo insaciable de ciencia. A los veintiocho años Agustin habia recorrido todo el círculo de los conocimientos humanos, enseñados en aquella época, con universal aplauso de todos sus maestros. Enseñaba sobre todo con gran lustre la retórica en Cartago: sus costumbres eran las de todos los jóvenes ricos de su tiempo. Cuando de vez en cuando lucia en

su alma cierto resplandor de la gracia al ver hombres de una vida digna, ó á un cristiano verdadero practicante de la religion, cuando con varios ejemplares de virtud le incitaban á dejar el sendero de los vicios, pedia al Señor le diese un corazon puro; pero muy pronto, espantado de la aparente austeridad de la virtud, se decia: « Mas tarde! mas tarde! » Mientras tanto santa Mónica queria dar dos veces la vida á su hijo querido, abriéndole las puertas del cielo, como ya le habia abierto las del mundo. Agustin correspondia friamente á esta solicitud maternal, y, como para alejar aun mas toda esperanza ó posibilidad de conversion, acababa de entrar en la secta de los Maniqueos. Santa Mónica hacia confidencia de sus angustias á un obispo piadoso, y le rogaba trabajase en la salvacion de esta alma querida: « Tranquilizaos, le dice el » obispo; es imposible perezca el hijo de tantas lágrimas. » No tardó mucho en cumplirse la profecía. Agustin pasó á la Italia, y logró la cátedra de retórica de la ciudad de Milan. Era á tiempo en que san Ambrosio llenaba el universo con su nombradía de orador. Quiso oírle Agustin. Hicieron la mas profunda impresion en el alma del jóven catedrático la suavidad de la elocucion de Ambrosio, su penetrante energía, su elegancia, el orden, concierto y gracia de sus discursos, calidades que hacian revivir la lengua de Virgilio, el aticismo de la de Platon. Por de pronto, el jóven retórico solo habia fijado su atencion en la forma del decir; poco á poco cautivaron su espíritu y corazon las ideas elevadas y verdaderas, por manera que el fondo le atraia ya mas que la forma. Sin renunciar todavía á las pasiones que devoraban su vida, se aplicó al estudio de san Pablo, cuya sublimidad gustaba á su ansiosa inteligencia. Íbale persiguiendo la gracia, sin pensarlo él, en medio de sus amigos, cuya disoluta compañía le avergonzaba, á pesar de que él mismo mantenía un comercio ilegítimo, cuya fidelidad se vanagloriaba guardar. Mas la gracia le perseguia mas y mas, ya con punzantes remordimientos, ya con volver á menudo en sí, donde sentia su flaqueza, y suplicaba á Dios le otorgase la fuerza de vencerse. En uno de aquellos momentos

de impresion extraordinaria, á consecuencia de una conversacion donde se le refirió la vida y austeridad de san Antonio, se salió precipitadamente diciendo á su amigo Alipio : « ¡Cómo! » los ignorantes nos roban el cielo, y nosotros, insensatos, con » nuestra ciencia miserable vivimos encharcados en sangre y » en carne! » Y pronunciando estas palabras, se retiró á un paseo desierto, á lo largo de una calle de árboles que se metia muy adentro, para aplacar en la soledad la borrasca que atormentaba su corazon. Allí le esperaba la gracia y el momento decisivo. Sucumbiendo á una emocion desconocida, se echa por tierra, híncase de rodillas y exclama : « ¡Hasta cuándo, » Señor, diré yo : Mañana! mañana!... ¿Porqué no hoy, hoy » mismo? ¿porqué no ahora, ahora mismo?» Como estuviere pronunciando las últimas palabras, oyó una voz interior que le decia : « Toma y lee. » Habia un libro de san Pablo á sus piés; lo abrió á bulto, y leyó este pasaje : *Sicut in die honeste ambulemus; non in comessionibus et ebrietatibus; non in cubilibus et impudiciis; non in contentione et æmulatione, sed induimini Dominum Jesum Christum, et carnis curam ne feceritis in desideriis* (Rom. XII, 13, 14). Toda su vida pasada llena de desórdenes, pasiones, deseos ambiciosos, se desarrolló entonces á los ojos de su espíritu, y le apareció con todo su horror. Iluminaba al propio tiempo á su inteligencia una luz sobrenatural é irresistible, en tanto que le arrebatában el corazon los encantos de la virtud. Agustin estaba convertido : acabóse en él el reinado de las pasiones, y comenzaba el imperio de la gracia. Agustin dejó su cátedra de retórica, renunció á las esperanzas de un rico é ilustre casamiento, y al porvenir inmenso que le prometian sus talentos en el mundo. Se retiró á una soledad cercana á Milan con su madre, su hijo llamado Adeodato y algunos amigos. Los tratados contra los *Académicos*, *de la Felicidad*, *del Orden*, los *Soliloquios* y *de la Música* fueron compuestos en este retiro, de donde no salió hasta la Pascua de 387 para recibir el bautismo de manos de san Ambrosio. Mónica, la venturosa madre, fué testigo de esta ceremonia que tanto habia estado ansiando, y por la que tanto

habia suspirado : murió en paz al fin de este mismo año en Ostia, recomendando á su hijo se acordase de ella en el altar sacrosanto. Despues de su bautismo, san Agustin consagró sus primeros trabajos á la conversion de los Maniqueos, cuyos errores habia abjurado. Compuso dos libros con este objeto, intitulado al uno : *La moral de la Iglesia católica*, y al otro *La moral de los Maniqueos*. Luego publicó la obra intitulada *Del libre albedrío*, donde trata á fondo la cuestion del origen del mal, resuelve las mas especiosas objecciones sacadas de la existencia del mal contra la providencia y bondad de Dios. En 388 salió de Italia para regresar al África, donde cerca de Tagaste continuó su vida solitaria y laboriosa. En estas circunstancias, Valerio, obispo de Hipona, santo anciano que no podia dedicarse ya al ejercicio del púlpito porque sus agotadas fuerzas se lo impedian, tenia necesidad de un sacerdote instruido y capaz de secundar su celo, y á quien pudiera encargarle el ministerio de la predicacion. Ordenó pues á san Agustin, á pesar de la extrema repugnancia que el convertido manifestaba á todas las funciones ó cargos públicos. Pero cumplió tan perfecta y celosamente el que se le habia encargado, que Valerio solicitó para su sacerdote un favor casi inaudito en aquel tiempo, el de hacer consagrar á Agustin como su coadjutor ó auxiliar. La disciplina de la Iglesia se oponia entonces á este uso para evitar cismas tales como el de Antioquia, que por tanto tiempo habia tenido divididos los ánimos. Pero los obispos de la provincia, reunidos en Hipona, sancionaron esta eleccion con sus votos, y san Agustin fué consagrado en 395. La humildad, el amor del retiro, la pasion del estudio y la frugalidad de vida acompañaron á san Agustin en medio de los honores del episcopado. Reunió en su casa los sacerdotes que le servian para llevar en comun la vida regular y uniforme de los monjes en las soledades.

15. En tanto que san Agustin iba subiendo á los mas altos honores eclesiásticos, é iba á encontrarse muy en breve al frente del movimiento religioso de su época, otra lumbrera, otra gloria de la Iglesia latina iba huyendo de los negocios y

de la fama de su nombre para enterrarse en una soledad y entregarse en ella á su atractivo por la vida contemplativa. Después de la muerte del papa san Dámaso, su amigo y protector, san Jerónimo veía levantarse contra él mil envidias secretas, mil rivalidades que no habían osado levantar cabeza en el tiempo de su favor. El vigor de su palabra, su apostólica libertad en señalar y reprender los abusos, le habían suscitado no pocos enemigos. Este grande hombre no quiso luchar, y creyó ganarlo todo cediendo á la envidia: dejó pues á Roma, se volvió á la Palestina y se fijó en Belen. Santa Paula y su hija santa Eustoquia le siguieron y se pusieron bajo su direccion. El estudio de las sagradas Letras, la direccion de las almas y la hospitalidad con los peregrinos y extranjeros se compartieron los últimos años de la vida de san Jerónimo; y en medio de estas santas ocupaciones y trabajos magníficos é inmortales, vino á coronar su gloriosa vida una santa muerte. — Las Galias no quedaban atrás en el notable movimiento que ha hecho del cuarto siglo el mas fecundo de toda la historia de la Iglesia en hombres ilustres. Al lado de san Martín de Tours se colocaban en la veneracion y memoria reconocida de los pueblos: san Paulino, nacido en Burdeos, hecho sacerdote en España, y yendo á terminar su vida á Nola, junto al sepulcro de san Félix, cuyas glorias cantó en poesías latinas llenas de gracia y elegancia; san Delfin, obispo, y san Amando, presbítero de Burdeos; san Aper, obispo de Toul; san Victricio, obispo de Ruan, el apóstol de las comarcas habitadas por los Morinos y Nervianos, que formaron después las provincias de la Picardía, del Hainault y de la Flandes; y en fin, san Sulpicio Severo, nacido en la Aquitania, de noble y rica familia. Se hizo tan familiares los buenos autores del siglo de Augusto, que se diría uno de ellos. Hecho discípulo de san Martín de Tours, escribió su historia; y redactó además una *Historia sagrada*, ó *Historia eclesiástica*, desde el origen del mundo hasta el año 400 de Cristo. Es obra maestra por su precision y elegancia.

16. También suministraba el Oriente sus obreros evangélicos para la viña del Señor. En tanto que los débiles empera-

dores Arcadio y Honorio dejaban caer de sus manos el poder soberano, y que Estilicon y Rufino vendían los cargos públicos y las magistraturas á los Bárbaros, la Iglesia de Dios extendía su imperio, y se mostraba mas brillante y fuerte que nunca. San Gregorio Nacianceno había acabado su vida de santo, de doctor, de obispo y de monje hácia el año 389. Murió en la soledad de Arianza, dulcificando su vejez con los piadosos vuelos de la elocuencia y poesía cristiana. En el gran número de sus poemas abraza los mas elevados asuntos de la espiritualidad cristiana. Ha hecho poemas sobre el *Principio de los Seres*, sobre la *Trinidad*, la *Providencia*, los *Ángeles*, el *Alma*, la *Armonía de ambos Testamentos*, la *Encarnacion del Verbo*, los *Milagros de Cristo*, la *Virginidad* y la *Vida monástica*. La muerte se llevó en la misma época á san Gregorio Niseno, hermano de san Basilio Magno, y digno de tal hermandad por la santidad de su vida, el número de sus escritos, la firmeza de juicio, acierto de pensamientos, fuerza de raciocinio y pureza de estilo. Sus obras tuvieron por principal objeto combatir los errores mas propalados en su tiempo por los *Arrianos*, *Sabelianos* y *Pneumatómacos*. — Pero una nombradía que se repetía como eco universal en toda la Iglesia griega, iba á suceder á la de todos estos grandes hombres: el nombre de Juan Antioqueno, hecho patriarca de Constantinopla, apellidado Crisóstomo, ó *Boca de oro*, iba en las alas de la fama á la par de las mas ilustres y merecidas reputaciones. Ya había habido necesidad de sacarlo secretamente de Antioquia para que su salida no excitase una conmocion popular. Hurtado al entusiasta amor de esta iglesia, fué puesto, como un cautivo, en un carruaje que corria sin detenerse noche ni dia, y solo se le permitió bajar en Constantinopla, en donde fué consagrado [venciendo su inmensa repugnancia] por un concilio de antemano reunido con este objeto por el eunuco Eutropio, que había sucedido á Rufino en la confianza de Arcadio. Juan Antioqueno, al subir al trono episcopal, lloró su perdido reposo y su antigua independencia; mas no se dejó abatir por sus penas. La reforma de su clero, la entera extirpacion del arrianismo, la maternal

solicitud de una caridad que abrazaba todas las necesidades, fundaba y dotaba hospitales, casas de refugio para vírgenes, ofrecían vasto campo á su celo y elocuencia. Se elevó á la altura de su mision é hizo recibir los gloriosos recuerdos de san Gregorio Nacianceno en la ciudad imperial. En el primer año de su obispado, vió el Crisóstomo llegar á Constantino-
 pla al Píndaro cristiano, á Sinesio, delegado por la provincia de Cirenáica, su patria, al emperador Arcadio para lograr de él recursos contra las incursiones de los Bárbaros. Sinesio, filósofo y poeta, descendía de los antiguos reyes de Esparta. Dotado de una imaginación brillante, tenía tal facilidad de ingenio, que imitaba á su voluntad todos los autores, por mas diferentes que fuesen en estilo y giro de ideas y locuciones. Había estudiado con los mas célebres maestros: Alejandría le había contado entre los asiduos discípulos de Hipatia, hija del astrónomo Theon, prodigio de ciencia, que enseñaba públicamente las matemáticas y la filosofía de Platon. Atenas le había ofrecido sus escuelas, en donde la estudiosa juventud hallaba tan nobles recuerdos y grandiosos ejemplos. Vuelto á Cirene, su patria, consagró los tesoros de imaginación é inteligencia, recogidos en sus viajes, á levantar un monumento á la fe en sublimes poesías. Sus himnos son otras tantas aspiraciones poéticas, en que elevándose gradualmente sobre todos los órdenes de criaturas, se lanza hasta el seno de Dios: mas el lenguaje humano no le suministra expresion en relacion con la superabundancia de sus ideas; se queja frecuentemente de esta indigencia que le obliga á acumular imágenes algunas de las cuales pudieran no ser enteramente exactas, y de ello pide humildemente perdon. — Este lado poético del cristianismo, hácia el cual convergían entonces ingenios tales como san Paulino de Nola, san Gregorio Nacianceno y Sinesio, revelaba una tendencia nueva de los espíritus. La lucha contra el paganismo, y los combates teológicos contra el arrianismo dejaban su puesto para hacer lugar al desarrollo poético de la inteligencia cristiana. La elocuencia, las letras, los monumentos, la legislación, iban poniéndose así, progresivamente, al servicio

de la religion triunfante. Pero este vuelo durará poco; le veremos muy pronto perderse con todo el antiguo mundo en la invasion de la barbarie.

17. San Siricio había visto bajo su pontificado resplandecer sucesivamente todas estas glorias de la Iglesia. Su vigilancia se hacia sentir en todos los puntos del universo, y por todo él se acataba y bendecía su autoridad. Había condenado varias veces el celo excesivo de los Itacianos en España, que solicitaban ante los magistrados y tribunales el exterminio á muerte de los Priscilianistas. Toda la Iglesia aplaudió estas decisiones tan fundadas en la caridad. Los concilios particulares de diversas provincias recurrían á su intervencion. Los de Cartago (393-393) le consultan sobre la cuestion del bautismo conferido por los Donatistas, y le preguntan si es permitido elevar á las órdenes sagradas los que lo han recibido. — Un concilio de los obispos de las Galias, reunido en Turin, remite á la decision del papa san Siricio la validez de la eleccion de Félix, obispo de Tréveris, ordenado por los Itacianos (397). Le preguntaron también los obispos de las Galias para conocer por la autoridad de la Sede apostólica, cuáles sean las reglas canónicas respecto de la continencia de los clérigos, de las ordenaciones, y de los monasterios de vírgenes. Siricio respondió con una decretal, donde recuerda y renueva las mismas instrucciones anteriormente remitidas á Himerio de Tarragona. A pesar de mantener con apostólico vigor y firmeza las prescripciones de la antigua disciplina, el lenguaje empero del papa respira la mas sincera modestia y humildad. Si se reconoce en él al príncipe de la Iglesia, al *lugarteniente de Dios* por la dignidad de su palabra, se echa de ver también en esta al Padre de la cristiandad, al Pastor de los pastores, á la mansedumbre, dulzura y caridad [que se desprenden de toda su santa y sabia administracion]. San Siricio murió el 25 de noviembre de 398, despues de 14 años de pontificado. La tradicion le atribuye la introduccion del *Communicantes* en la misa, y el uso del título de papa, exclusivamente asignado á los romanos Pontífices. Este título, que significa la espiritual pa-

ternidad de un pastor en su rebaño, fué en un principio comun á todos los presbíteros; mas tarde lo llevaban solo los obispos. San Siricio comenzó la tradicion, adoptada hoy universalmente, de reservarlo á solo los Pontífices de Roma.

§ III. PONTIFICADO DE SAN ANASTASIO I (26 de noviembre de 398-27 de abril de 402).

18. San Anastasio I fué colocado en la cátedra de san Pedro el 26 de noviembre de 398. San Jerónimo llama al nuevo Pontífice *un hombre de riquísima pobreza y solicitud apostólica*. La antigüedad le atribuye un decreto que prohíbe las órdenes á los que tienen ciertos achaques ó deformidades físicas. Estaba fundada esta medida en la necesidad de hacer respetar el ministerio sacerdotal, sustrayéndole á la nota ó risa pública aunque infundadas. San Ambrosio, cuya caridad no cedia sino en presencia de un deber de justicia, separó rigurosamente de los santos órdenes á un clérigo que tenia un hombro mas salido que el otro. — El sacerdocio católico no ha de ser tratado menos honrosamente que el de la ley antigua, la cual multiplicaba precauciones en la eleccion de sus ministros. — Otro reglamento proveyó á la reforma de un abuso que se introducía en las iglesias. Clérigos ó monjes forasteros eran ordenados sacerdotes en las iglesias donde se hallaban, sin consentimiento previo de su obispo. San Anastasio prohibió ordenar en lo sucesivo sin previa carta firmada del obispo de los ordenandos, autorizando la ordenacion, como siendo el solo que tenia jurisdiccion sobre ellos. Tal es el verdadero origen de las *dimisorias*. En fin, san Anastasio mandó que los presbíteros estuviesen de pié durante la lectura del Evangelio para honrar con esta actitud respetuosa la buena nueva que nos trajo la salvacion al mundo. Este uso ha venido á ser general en la Iglesia.

El corto pontificado de san Anastasio I continuó los trabajos comenzados por san Siricio para el establecimiento de una disciplina regular y uniforme en todas las iglesias del mundo. El quinto concilio de Cartago (400) acababa de pacificar el África, y combatía los errores de los Maniqueos y Donatistas,

que aun subsistian arraigados allí. El primer concilio de Toledo (400), al que asistieron obispos de todas las provincias de España, reconocía y profesaba solemnemente la fe de Nicea: y arreglaba cuanto concernía á la vida de los eclesiásticos, al matrimonio, cuya unidad é indisolubilidad proclamaba altamente, aunque no reconocidas por la ley romana. En virtud del principio sentado por san Siricio, el concilio de Toledo da al obispo de Roma *solo* el nombre de *Papa*, como título distintivo. Es el primer monumento de la historia eclesiástica que nos ofrece esta particularidad.

19. Dos hechos de muy diversa naturaleza preocupaban entonces al Oriente. El uno, del dominio de la política, no pertenece á la historia de la Iglesia, sino por la intervencion forzosa de san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla; y es la desgracia de Eutropio. El otro, la famosa contienda sobrevvenida entre dos amigos de veinte años, ilustres ambos por su santidad, trabajos científicos y sabiduría: san Jerónimo y el sacerdote Rufino. Vamos á analizar ambos incidentes, que preocuparon al mundo cristiano durante todo el pontificado de san Anastasio. El eunuco Eutropio, ufano y altanero por el favor con que le distinguió Arcadio, arruinaba las provincias, vendía los cargos públicos y malbarataba el erario para satisfacer á su lujo. Se habia hecho erigir estatuas con el fastuoso título de *padre de la patria, tercer fundador de Constantinopla, guerrero invencible*, etc., etc. Llegó á tanto su atrevimiento, que se resistió públicamente á cumplir una orden imperial de la misma emperatriz Eudoxia. Este exceso colmó la medida de sus atentados. El emperador Arcadio, cansado de esta tiranía subalterna, dió orden de prender á Eutropio. Este ministro, cuya simple mirada ansiaban y se disputaban la víspera todos, no encontraba ya uno solo que le abriese su puerta ó su corazón. Consternado, temeroso, aturdido de un golpe tan inesperado, y viéndose sin el menor arrimo, se refugia á la iglesia y se pone bajo la proteccion de san Juan Crisóstomo. Sin embargo los soldados, largo tiempo habia humillados bajo el vergonzoso yugo del insolente eunuco, querian satisfacer